

SZLEZÁK, Thomas A., *Leer a Platón*, Traducción española de José Luis García Rúa. (1ª ed. *Como leggere Platone*, Rusconi Libri, Milano, 1991), Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1997.

1) El paradigma romántico de la lectura de Platón fue fundado por Schleiermacher, de quien procede la idea hermenéutica de que la forma no es indiferente al contenido, sino que está indisolublemente unida a él. El libro de Szlezák, va más allá del fundador de la hermenéutica moderna e intenta vincular de manera novedosa la relación forma y contenido. Para ello se centrará en la conciliación de la crítica de la escritura, el contenido del *Fedro*, con el hecho paradójico de que Platón escriba su condena bajo la *forma* de un diálogo. Procura, por tanto, solucionar la ambigüedad platónica que más ha dado de qué hablar en los últimos tiempos. Resolución que se aborda bajo el dualismo entre lo dicho por escrito por el filósofo (textos que conservamos) y lo que no nos fue dicho, sino pronunciado, tan sólo, oralmente.

Aquí se nos ofrece una inteligente solución, pensada desde la clarificación del modo de comprensión del filosofar (oral y escrito) del principal discípulo de Sócrates. La cual remite a la tradición hermenéutica que investiga el papel activo del lector, la actitud del autor y la espinosa cuestión de *la correcta lectura* de un texto.

Tratándose de Platón no se pueden suprimir, simplemente, los elementos subjetivos de la recepción (ni los elementos inconscientes de la transmisión —añadiría Cornford—), como tampoco la actitud consciente del autor, ya que la forma diálogo cuenta ya con esos contenidos, del mismo modo como en *Las Meninas* de Velázquez queda implicado el observador dentro del cuadro.

En esta lectura, que gira en torno a la doctrina esotérica de Platón, el carácter del discípulo es revelado como elemento de gran importancia, ya que el grado de comunicación de la doctrina dependerá del grado de iniciación filosófica al que haya llegado el alumno; encontrándose el núcleo del pensamiento del Maestro en una oralidad allende la escritura, que sólo alcanzarán los más aventajados de sus discípulos y que quizá, nos es desconocida a no ser que alguien como Aristóteles, que pasó veinte años en la *Academia*, nos la haya contado (finalmente por escrito) con posterioridad.

Aunque se aceptase aquí la idea de la inescrutabilidad de lo no dicho por un pensador que piensa más allá de la escritura que nos ha legado, no se refutaría la tesis de este libro, que gira alrededor de la existencia de tal filosofía oculta, más que sobre la posibilidad de su conocimiento. El prejuicio que Derrida ha llamado *logofonocentrismo*, es decir, la idea del privilegio de lo oral sobre lo escrito a lo largo de la historia de Occidente (que contraviene toda la experiencia antropológica radicada en el paso de la oralidad a la escritura y buena parte de la propia crítica platónica de la poesía), adquiere un nuevo impulso en la obra que nos ocupa. La crítica derridiana a la correspondencia entre lo oral y lo escrito, donde se quiere ver lo segundo como copia

de lo primero, en un plano de continuidad, se rompe con el esoterismo platónico, pero del lado inverso al del pensador francés, que reivindica el texto escrito, esto es, privilegiando la oralidad frente a la escritura, con una idea generalizable a todo pensador, la tesis fundamental de que su doctrina escrita es un pobre y trivializado trasunto, cuando no un mero preámbulo, de su pensamiento oral, como se ha dicho repetidas veces de Pascal.

La no correspondencia de lo escrito con la *verdadera doctrina oral*, se convierte en un problema mayor, cuando no es el propio personaje (mítico o histórico) el que escribe, como es el caso de Yahvé (presunto autor indirecto de la abigarrada colección del Antiguo Testamento), Homero, Buda, Lao-Tsé. Y como es el caso también de Jesús de Nazaret respecto a los escritos neotestamentarios o el de Sócrates respecto a los escritos de Platón, Jenofonte y Aristófanes; todos ellos lugares donde la variedad de interpretaciones gratuitas es proporcional a la escasez de las fuentes.

Respecto a la Antigüedad, ciñéndonos tan sólo al material escrito conservado, se puede decir con seguridad que, desgraciadamente, la mayor parte se ha perdido. Respecto a lo no escrito, podemos estar ciertos de que la totalidad ha desaparecido. Ya es difícil reconstruir el pensamiento de Esquilo en base a que poseemos siete de las cien tragedias que escribió (según registraron los filólogos alejandrinos), como para aventurarnos a reconstruir no sólo lo escrito y no conservado, sino incluso lo que nunca se llegó a escribir, pero fue presumiblemente pronunciado. Con Platón, sin embargo, la aventura es abordable, gracias a que tenemos la suerte de haber conservado la mayor parte de su obra; y aunque no entendamos del todo lo escrito, o precisamente por eso, salimos en busca de lo no escrito, pero pronunciado oralmente. Algún aventurero del conocimiento saldrá algún día en busca de lo no escrito ni dicho mas pensado por Platón, pero hoy por hoy, el límite admisible se encuentra en el libro que tenemos en las manos.

Es muy discutible, no obstante su interés, la pretensión de Szlezák de imbuir de esoterismo a todo el pensamiento de Platón, incluyendo al joven socrático, desconocedor de órficos y pitagóricos, que sólo después de su primer viaje a Sicilia formaría la *Academia* y se erigiría en *Maestro* de una comunidad selectiva, aunque ya no tan hermética como las religiosas de la época.

Ciertamente, puede apreciarse, en el libro que reseñamos, una tendencia a omitir la presencia y la carga de los llamados diálogos socráticos o aporéticos, de los cuales es muy difícil presumir que escondan una doctrina no escrita; primeros diálogos (como *Critón*, *Eutifrón*, *Hippias menor*, *Hippias mayor*, *Ión*, *Lisis*, *Protágoras*) que, sin embargo, aparecen en la monografía, en seleccionados pasajes, permitiendo avalar la tesis general de un ocultamiento consciente y permanente en el quehacer filosófico tanto de Sócrates como de Platón. Tesis que, de ser válida, pensamos que sólo sería postulable para un Platón maduro y nada socrático, para un pensador que iría surgiendo paulatinamente y dejando atrás la mayéutica socrática (esa actividad dirigida a todos los capaces de razón, como el esclavo del *Menón*), que vendría a ser susti-

tuida por el adoctrinamiento iniciático de una comunidad filosófica, de surgimiento y funcionamiento análogo a las comunidades religiosas de la Grecia arcaica y clásica.

La actitud de sistemático secreto en Platón (pese a la distinción entre esoterismo platónico y secretismo religioso que Szlezák realiza en el capítulo 26), constituye un resabio de privaticidad *arcaico* frente a la *modernidad* publicista de los sofistas. Lo que de ningún modo significa que se pueda calificar, anacrónicamente, a Platón de reaccionario, como han hecho burdamente K. Popper o I.F. Stone. Platón mantiene un residuo *primitivo* de cuando el saber se consideraba una propiedad privada (al tiempo que condena el monopolio de la tradición por la oralidad de los poetas) de un saber que era poseído y transmitido con recelo; pero si tal cosa puede ser considerada, hoy, fuera de contexto y bajo el equívoco concepto de *progreso*, reaccionaria, no lo era en el siglo V a.C. y desde luego no lo es, ni hoy ni ayer, el Estado ideal imaginado por el filósofo ateniense. En éste y otros temas Platón mantiene, para nuestro desconcierto, actitudes que nos resultan ambiguas, que desaparecerán o se confirmarán a medida que logremos penetrar la mentalidad y situación de la Grecia arcaica y clásica.

La restricción de la comunicación frente a la publicidad no es un indicador político fiable en la Antigüedad, como lo es en nuestros días, ya que nos resulta mucho más reaccionario el democratismo de un Polícrates que el aristocratismo de Platón. Sin embargo, si creemos que puede considerarse un indicador cultural, adscribible a una tradición, que en el s. V a. C. ya era vieja y que ha llegado a nuestros días con una valoración distinta a la de su tiempo. Una tradición oral respecto a la que Platón mantiene una posición ambigua, dada su propia posición intermedia dentro del paso de la oralidad a la escritura en la Grecia clásica.

Si el saber es poder, (cosa que Szlezák se siente obligado a negar, no muy convincentemente, para el esoterismo platónico), el reparto de saber equivale al reparto de poder, con lo cual, a la democracia ateniense de la retórica, donde se hablaba de *isegoría*, pero sólo se escuchaba la voz de los Tiranos, se enfrentaba la bella oligarquía comunista de la *República* platónica. Esa utopía, en la que los filósofos-reyes, precisamente por detentar el saber-poder, habrían de quedar excluidos de la propiedad privada, de la cual gozarían el resto de los ciudadanos, y vivir con austeridad espartana, preocupados exclusivamente por alcanzar el bienestar de la ciudad.

2) La visión gnóstica de la filosofía platónica que representa Szlezák, en la que la hermenéutica se hunde de lleno en sus orígenes herméticos, nos presenta un buen ejemplo de la variedad de lecturas posibles y plausibles del rico legado platónico.

Aunque se ofrece a todo lector, este estudio puede resultar excesivamente especializado para el no familiarizado con el filósofo y sus investigadores, incitándole a empezar la casa por el tejado y a descuidar los cimientos críticos sobre los que debe erigirse todo pensamiento filosófico. Los cuestionamientos intrépidos e inteligentes de dos milenios de tradición exegética no podrán ubicarse correctamente, si se des-

conocen, precisamente, las lecturas con las que esta nueva investigación viene a polemizar.

El peligro que corre el lector no especializado de este libro sobre la lectura es considerar que sólo hay una lección posible y plausible del pensamiento de Platón, con la que, por suerte, se ha topado a la primera, pudiendo ahorrarse más averiguaciones e incluso el mismísimo texto platónico. El beneficio: darse cuenta de que existe una gama de posibilidades de interpretación y aprendizaje, numerosas, pero finitas, entre las lecturas textuales y coherentemente razonadas del *corpus platonicum*, una de las cuales, la de *la doctrina no escrita*, se nos ofrece aquí magistralmente expuesta y sintetizada por Thomas A. Szlezák, lista para su valoración respecto al conjunto de interpretaciones competentes.

Un metadiálogo se desarrolla entre los especialistas en Platón, y sólo de su interrelación, junto a nuestro propio acto de lectura directa, podremos acercarnos, con mayor acierto y rigor, a esta filosofía lejana que nos dice tantas cosas en la actualidad. Por eso, para situar la entrega de Szlezák en tal metadiálogo, nada sería más provechoso ni recomendable que un acercamiento de contraste, con una lectura de la misma línea, al ya clásico libro póstumo de F.M.Cornford (compuesto de una serie de ensayos, cuyo conjunto recibió el título de uno de ellos, escogido por su discípulo, editor y prologuista, W.K.C.Guthrie), *La Filosofía no escrita*, el cual representa, a su vez, otra forma de entender la idea de una *doctrina no escrita* de Platón. Tarea que nos muestra el enriquecido panorama, al que viene a formar parte el *Como leggere Platone*, en su reciente traducción española.

Simón ROYO HERNÁNDEZ

MARTÍNEZ MARZOA, Felipe: *Ser y diálogo*, «Leer a Platón», Madrid, Istmo, 1996.

Como el propio Marzoa ha escrito, *Ser y diálogo* es una «propuesta de lectura de Platón» (p. 11). Esto significa que nos propone *leer a Platón* de acuerdo con el «modelo» o «fórmula interpretativa» en cuya elaboración consiste *Ser y diálogo*, para que lo hagamos conforme al «carácter» que propiamente constituye el texto del filósofo, y evitemos así falsear lo dicho en él. Lo primero que encuentra este propósito es el texto mismo, a saber: el *diálogo*. Como al enfrentarnos con la filosofía de Platón nos encontramos con el hecho fundamental de que está escrita en forma de diálogo, las claves para la comprensión de su contenido se encuentran en estrecha relación con esta última. La mayoría de los investigadores de la obra platónica, sin embargo y por lo regular, no han abundado en esta dependencia, y si lo han hecho ha sido, en general, considerándola como una dificultad a salvar si lo que se quiere es alcanzar la filosofía platónica *sensu stricto*; de este modo, han reunido en algo así como un *corpus*